

P A G I N A S

ESCRIBEN: SERGIO ALTESOR / ALFREDO ALZUGARAT

Marta
Canessa

Roberto Arlt

Carlos
Gamerro

Novela premiada

La búsqueda del alma

Mercedes Estramil

TITULAR A UNA novela **El mar** es querer correr un riesgo. Porque es uno de esos títulos que reclaman grandes desarrollos, si no en volumen o espectacularidad en cierta cualidad de lo interior, de lo latente. Incluso una espera que esa materia tan cercana pero trillada no venga a complicar las páginas y se quede respetuosamente afuera. Aquí el autor sale airoso. Siguiendo un precepto de su novela anterior (**Esta máquina roja**, 1995) en el que decía que "un sistema de omisiones es más sólido que cualquier enunciación". Casacuberta (n.1969) guarda ese as en la manga y mantiene al mar físico fuera del relato, apenas como recuerdo, logrando que el lector lo sienta en todo momento como una ausencia significativa.

Sin una precisa ubicación espacio-temporal **El mar** alterna, en once capítulos sin numerar, las peripecias de varios personajes en un viaje en tren, comentadas por un narrador hiperperceptivo; y los *flashbacks* en los que este hombre recoge su historia reciente: el encuentro casual con una mujer de la que no sabe el nombre, la presión que le hace sentir su jefe en el trabajo, la burla de dos vendedores. Un único acto impulsivo, liberar a un perro, demuestra pronto su inutilidad. Además de recordar **Nazarín** de Buñuel, recuerda otro episodio de solidaridad inútil en la primera novela del autor (**La parte de abajo de las cosas**, 1992) donde el hombre que defendía a una prostituta de un proxeneta, después era golpeado por ambos.

Ese protagonista y narrador tiene el bíblico nombre de Lázaro y es notorio que el asunto gira, de muchas maneras, en torno

a la muerte. El hombre "resucita" insectos pero sólo en la ficción fotográfica, la mujer que conoce está enferma y quizá muera, una colisión puede matar a los pasajeros de segunda del tren, una familia turca o kurda huye de alguna matanza. La novela pautó el ingreso a una doble oscuridad: la del túnel en el que el tren es detenido, y la del interior de los personajes. El túnel, como representación simbólica, es ese propio interior: alma, útero, prisión y tumba a la vez. Funciona como funciona el mar en la cabeza del personaje; un cesante test de "Rorschach" (el de las manchas de tinta) que promueve a expresar en palabras las representaciones imaginarias, y que termina removiendo los fantasmas del individuo; la infancia perdida, la figura del padre, el escape desviado de una sexualidad reprimida.

En ese sentido, la relación pseudo-paternal entre Lázaro y Fatma, la niña mayor de la mujer turca, se carga de dobleces y sugerencias. La gradación por la cual se va haciendo mujer a los ojos del narrador, desde el modo en que recoge un cigarrillo, o reprime el llanto, hasta la negativa a usar un saquito de niña, registra el modo imperceptible en que se va labrando un destino que puede ser trágico. Hay una sutileza en el manejo de la perversión que recuerda algún relato elíptico del inglés McEwan, un deslizamiento entre lo que realmente ocurre y lo que está a la puerta de ocurrir, la captación de una inocencia que puede pertenecer tanto a la víctima como al victimario pero que sin



duda ya no pertenece al lector.

Como en las manchas de Rorschach, todo se pliega en esta novela y se convierte en sistema especular: la mujer y la niña, el túnel y el mar, el jefe de Lázaro en el museo y el gordo que lidera a los pasajeros, el clavo en

la pared y el punto sangrante en el brazo de la mujer, el cajón de Müller y la hoguera en el túnel, etc. Esa red de simetrías es una de las continuidades que se establecen entre **El mar** y la narrativa anterior de Casacuberta. Hay muchas más: el alejamiento del escenario uruguayo —que existía en **Ahora le toca al elefante** (1990) y se desdibujaba en los libros siguientes— se hace ostensible; continúa la búsqueda infructuosa de "la" mujer en mujeres enfermas, golpeadas y prohibidas; un bestuario significativo sigue acompañando la vulnerabilidad de los personajes; la infancia vuelve a asomar como un jardín secreto de posibilidades abortadas; otra vez los afectos no se concretan, y la sexualidad se aparta de la norma en la insinuación de pedofilia que cae sobre el protagonista. Lázaro mismo no se diferencia mucho de los protagonistas de las otras novelas (**La parte... Esta máquina...**), seres acobardados, solitarios, muertos en vida esperando una resurrección que no llega (aunque alcanza a otros: Sara en **Esta máquina...** sobrevivía sin corazón, una gracia divina y una ironía del autor).

Esas constantes ya van definiendo una cosmovisión que rebasa lo literario. Si se ve **Another George**, el film dirigido por Casacuberta y el japonés Yukihiro Goto, se encuentran viejos conocidos: la búsqueda de algo que no se sabe qué es, la sensibilidad exacerbada, referencias bíblicas, y hasta un entrañable perro. Narrativamente, **El mar** tie-

ne una claridad de propósito y de realización mayor que las obras previas, que le imprime contundencia. Un lenguaje visual y directo, tremendamente persuasivo, logra conectar el realismo argumental del inicio en cierta zona del fantástico (que evoca los "lugares" de Levvero o los de Sábado, sitios donde la búsqueda de lo imposible y la percepción de lo existente se cruzan de forma fatal; o los *voyeurs* felisbertianos), y llevarlo a la vez a un plano simbólico, multiplicando los niveles de lectura. Ni siquiera pesa el discurso reflexivo-obsesivo del personaje, que primero es un observador incisivo de cosas mínimas (los problemitas entre los pasajeros: la señora entrometida, el gordo que está en la suya, la mujer turca que reprende demasiado a las hijas), y luego hace foco sobre sí mismo adensando el relato.

Algunos cabos quedan sueltos (si era real o imaginaria la mujer, lo que pasó con los pasajeros de primera o qué dimensión tenía el túnel) y la novela los engulle con su naturaleza inquietante, llevándolos al dominio de las preguntas sin respuesta. También el final, bajo su pretensión de respuesta reveladora e intelectual, es un irónico cabo suelto colocado como una trampa. Es una palabra, y como tal puede ser mágica, pero no se sabe si le abre a Lázaro las puertas de su tumba. Lo que sí se sabe es que esta historia le dio al autor en 1999 un merecido primer premio de narrativa inédita de la IMM, el segundo en pocos años (en 1994 lo había obtenido con **Esta máquina roja**).

EL MAR, de Pablo Casacuberta. Ediciones Trilce, Montevideo, 2000. Distribuye Gussi. 151 págs.